

Tienes cicatrices por aquellas tardes torrenciales, donde la lluvia y marea era un pequeño espacio de tu ser existencial. Esperando tu reacción, contemplaba tu mirifico y esplendido rostro lleno de sueños y el sitibundo goce de querer más. Los algentes disturbios que te hacían agonizar, no eran más que una colisión de problemas donde el universo conspiraba para su nueva reparación. Te miraba y seguía diciendo: ¡que mirifico!

Tú, susurrabas en mi oído, las procelas del universo comenzarán a distorsionar mi vida, lo cual hacía que tu corazón se aligerará de tanto miedo, sin ver el horizonte nemoroso de aproximados escenarios luego de una ágil victoria.

¡Mirifico! eso eres tú, tan esbelta y adecuada a las reglas del universo que solucionas los problemas con un solo accionar de medidas estelares causadas por el desemboque desenfrenado de tu pasión vivaz por salir a comerte el mundo.